

Mi utopía no es silenciosa

La exposición fotográfica 'Jardins Gamelin' de la artista vasca Ainhoa Güemes muestra un oasis donde la diversidad fluye e invita a construir lugares de goce para todes.

Texto: Teresa Villaverde

Fotografía: Ainhoa Güemes



La historia de **Victoria** es para mí una historia de silencio. Nos conocimos en Casa Esperanza, un refugio para personas migrantes en Los Chiles, Costa Rica. Fue en junio de 2024. Victoria es una mujer trans. Había llegado hasta el país centroamericano desde el suyo, Colombia. En la mesa había otras tres mujeres y dos hombres. Cuando hablaron de los motivos de su migración, dijeron que eran, sobre todo, económicos. Buscar una vida mejor. Victoria no dijo nada. Quería ir, como el resto, a Estados Unidos.

Casa Esperanza era en aquel momento un refugio de paso. Un alto en el camino de la migración después de tanta violencia entre fronteras, de cruzar la selva del Darién de Colombia a Panamá y, de ahí, a Costa Rica. Estados Unidos se planteaba como el fin, como un refugio estable. En los últimos días, al saber que el fascismo tiene el poder en el país norteamericano, ya de forma descarada, al escuchar decir a su presidente que a partir de ahora solo hay dos sexos, al saber que se están deportando migrantes, pienso en Victoria: migrante, marrón, trans, mujer, obrera.

La exposición de fotos Jardins Gamelin muestra un oasis para lo cuir, lo marrón, lo gordo, lo deshinibido

Yo no sé si el de Victoria era un sexilio, esa migración por razón de identidad de género u orientación sexual. Seguramente había motivos económicos. Pero recuerdo su silencio y cómo bajó la mirada mientras el resto respondía. Y, pensando en ella, ojeo las fotos de **Ainhoa Güemes** en Jardins Gamelin para la exposición que **se inaugura el viernes 7 de marzo en el centro cultural feminista La Sinsorga (Bilbao)** y sueño con que Victoria pudo llegar hasta allí. Hasta ese lugar en Canadá que se ve como **oasis para lo cuir, lo marrón, lo gordo, lo desinhibido**.

Un atentado contra la heteronorma blanca y de clase, contra esas estructuras mentales y materiales que sustentan las opresiones. Un lugar donde no parece necesario bajar la mirada ni mantener el silencio. En estas fotos yo huelo perfumes, flores y sudor y escucho risas, música, susurros tiernos, cantos y cabaret. Escucho monólogos irreverentes, veo performance y percibo alegría.

No existen lugares seguros. Esto lo he escuchado sobre todo del feminismo antirracista, de las compañeras racializadas que nos recuerdan desde hace tiempo que para ellas no los hay. Me cuesta pensar en lugares seguros porque parece que tienen que estar exentos de conflicto y creo que eso es imposible. Siempre hay demonios, algunos son nuestros. **Me cuesta pensar en lugares seguros porque siempre habrá ejes de poder en los que se nos ha educado que estarán atravesando las relaciones**, aunque no queramos. Pero me gusta imaginar oasis en los que se acepte la diversidad y donde no hagan falta los silencios.

El silencio impide decir quiénes somos, reprime nuestro deseo

El silencio impide decir quiénes somos, expresar lo que nos hace vulnerables, señalar lo que nos duele y lo que nos gusta; reprime nuestro deseo y la posibilidad de jugar con él sin saber a dónde nos va a llevar. El silencio quiere ignorar las diferencias sociales, también las de clase. Esa manía tan de aquí –hablo de Euskadi, pero se da en más sitios–, de no hablar de dinero, tampoco en las asambleas, en los colectivos, en la vida, fingiendo igualdad cuando partimos de lugares socioeconómicos y culturales distintos.

Un lugar es inseguro cuando no hay escucha. Cuando, si alguien señala el dolor, nadie lo recoge; cuando, si alguien tiene dudas, se le censura sistemáticamente por plantearlas en vez de escuchar y conversar. Cuando si a una le señalan los demonios no quiere hacerse cargo de ellos. Cuando, si apuntamos a los demonios de otra, pensamos que así podemos silenciar y esconder los nuestros. La falta de escucha impone el silencio, aunque alguien nos esté hablando a gritos.

Las imágenes sí recogen colores, formas, texturas. Y esta colección de fotografías es una ristra exuberante de todo ello: brillos, tonos opacos, fetiches a plena luz del día, disfrute a la luz de los focos, movimiento entre telones y escenarios, conversaciones tranquilas, paseos bajo la luz del sol con las manos entrelazadas. Sonrisas amplias, labios rojos, pelos, pelucas, pestañas; gordura, delgadez, flacidez y tersura. **Todo está al mismo nivel en las fotografías de Ainhoa Güemes. Todo invita al goce.** Nada parece invocar ese silencio que no es calma sino contención.

Pero sabemos que no todo lo que parece, es; que las imágenes pueden engañar. Güemes cuenta que Canadá, y en concreto Jardins Gamelin, ha sido históricamente y es refugio cuir de personas de todas partes del mundo, de distintas razas e identidades. Y yo la quiero creer; es lo que veo en sus fotos. Y pienso que podemos hacer un Jardins Gamelin en cada lugar del mundo que habitemos.

Jardines donde no haya silencios que opriman ni falta de escucha que bloquee la empatía. Donde nadie tenga que bajar la mirada ni tenga miedo a cuestionar; donde estemos atentas cuando se nos señalan comportamientos transfobos, de abuso de poder, racistas, machistas. Un sitio donde vivamos sin miedo a entendernos y a disentir, a aceptar que nos hemos educado en los silencios normativos, en la opresión.

No hay lugares seguros. En todos hay demonios. Algunos de esos demonios son nuestros. Algunos demonios no quieren revisarse nunca (contra esos, sin piedad, tampoco hay que pecar de cristianas). La exposición de *Jardins Gamelin* de Ainhoa Güemes invita a transformar nuestros lugares en oasis, ganando terreno al odio. Hasta que el mundo entero sea nuestro, aunque esto suene a utopía y parezca manido. O quizá por eso.